

ALTERACIONES VIOLENTAS DE LA VIDA POLÍTICA EN CHILE

(1810-1891)⁶⁸.

VIOLENT CHANGES IN POLITICAL LIFE OF CHILE (1810-1891)⁶⁹.

Manuela Fernández Rodríguez⁷⁰.

Leandro Martínez Peñas⁷¹.

Resumen: La historia del siglo XIX chileno es una historia que aparece forjada al ritmo de diversos incidentes políticos de carácter violento, comenzando con el conflicto entre independentistas y realistas que acabaría conduciendo a la independencia de Chile. Figuras destacadas como Carrera, O'Higgins, Portales o Balmaceda alcanzaron, mantuvieron o perdieron el poder político en circunstancias violentas, como los acontecimientos de 1829 y 1851 o la guerra civil de 1891. De esta forma, la violencia política se convirtió, con sus vaivenes y tragedias, en uno de los elementos configuradores del naciente Estado chileno durante su primer siglo de vida.

Palabras Clave: Chile, siglo XIX, guerras civiles americanas, violencia política.

Abstract: The nineteenth-century Chilean history consists of many political and violent incidents. The beginning with the conflict between independents and realistics will lead to the independence of Chile. Leading figures such as Carrera, O'Higgins, Portales or Balmaceda, reached, maintained and lost political power in violent circumstances, such as the events of 1829, 1851 or the 1891 civil war. Thus, political violence became, with its ups and downs and with the tragedies it causes, in one of the distinguishing elements of the emerging Chilean state during its first century.

Key words: Chile, XIXth Century, American Civil wars, political violence.

⁶⁸ Artículo recibido el 27 de abril de 2010 y aprobado por el Comité de Evaluación el 4 de noviembre de 2010.

⁶⁹ El presente trabajo ha sido posible, en parte, gracias a la estancia de investigación realizada por los autores en el Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de Derecho Comparado de la Université de Pau et Pays de l'Adour, en marzo de 2010. Los autores quieren hacer constar su agradecimiento al personal de dicho instituto, por las facilidades recibidas, y dar las gracias muy especialmente a Pierre Bon, su director, a Claude Santini, su secretaria administrativa, y a Maite Lafourcade, catedrática de Historia del Derecho de dicha universidad, en el campus de Bayona.

⁷⁰ Universidad Rey Juan Carlos.

⁷¹ Universidad Rey Juan Carlos.

Sumario: 1.- La independencia y el gobierno de O'Higgins; 2.- Chile tras la caída del Director General; 3.- El Estado portaliano; 4.- Balmaceda y la Guerra civil de 1891; 5.- Violencia política y formación del Estado chileno.

1.- LA INDEPENDENCIA Y EL GOBIERNO DE O'HIGGINS.

Como muchas otras naciones hispanoamericanas, Chile –denominado en la fase inicial de la conquista como reino de Nueva Extremadura⁷²- acometió su proceso de independencia al amparo de las circunstancias que, en la Península, dislocaron la estructura gubernativa, militar y social de España, merced a la invasión napoleónica y al posterior conflicto contra las tropas invasoras, si bien en el caso chileno las primeras muestras de la existencia de cierto sentimiento emancipador pueden datarse en 1780⁷³.

En 1810, la Junta convocada en Santiago para defender los intereses de Fernando VII, prisionero de Napoleón en Bayona, acabó derivando hacia las posturas independentistas, en parte empujada por las decisiones tomadas desde suelo peninsular, ya que, cuando se cesó al presidente Carrasco, la Real Audiencia de Santiago nombró como sucesor a un aristócrata local, lo cual hubiera podido satisfacer los deseos de los criollos sin suponer una ruptura con España. Sin embargo, el Consejo de Regencia peninsular no ratificó un nombramiento, sino que dio el cargo al conde de la Conquista, dando al traste con la posible comunión de intereses y creando un conflicto entre el partido criollo y el llamado “partido godo”, que defendía la validez de las decisiones de las autoridades peninsulares⁷⁴. Por ello, Edwards califica la rebelión independentista

⁷² GODOY URZUA, H., *El carácter chileno. Santiago de Chile*, 1991, pág. 27.

⁷³ WHELAN, J.R., *Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile 1833-1988*. Santiago de Chile, 1993, pág. 59. Alberto Edwards no comparte esta valoración: “En Chile no existe la menor prueba histórica o documental de la existencia de un movimiento espiritual de renovación política antes de los acontecimientos de 1808” *La Fronda aristocrática en Chile*. Santiago de Chile, 1991, pág. 43. Respecto a los antecedentes de la independencia chilena, ver AMUNÁTEGUI, M.L., *Los precursores de la Independencia de Chile*. Santiago de Chile, 1909-1910, 3 vols. El caso chileno presenta un elemento que no se da en muchos lugares de la América hispana: el deseo de independencia no viene asociado a una dinámica social de oposición entre conquistadores y conquistados –como ocurre, por ejemplo, en Méjico-, ya que desde los inicios del siglo XVIII el dominio de la población blanca era absoluto e incontestado en tierras chilenas EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 33.

⁷⁴ Muchos movimientos hispanoamericanos de independencia han sido justificados negando legitimidad a los órganos de poder constituidos en España durante el turbulento periodo de la guerra de Independencia contra *el invasor francés*. *Es esta una cuestión jurídicamente compleja, para la que estas páginas no*

como un claro exponente de las frondas aristocráticas, más que como un movimiento popular⁷⁵.

Los independentistas se impusieron en 1810, logrando que Chile, de facto, se autogobernara hasta que, en 1813, las tropas del virrey de Perú invadieran su territorio y culminaran la llamada “Reconquista”⁷⁶ con la aplastante victoria del general realista Mariano Osorio en Roncagua, el 1 y el 2 de octubre de 1814.

Para entonces, durante los alrededor de cuatro años de gobierno más o menos independiente, Chile ya había vivido la primera de sus luchas faccionales por el poder. El primer líder independentista fue Martínez de Rozas, hombre fuerte de la Junta de Santiago⁷⁷, vinculado a un influyente círculo de poder sureño conocido, por sus extensas redes clientelares, como “los Ochocientos”. La familia Larrain, auténtica alma de “los Ochocientos”, fue quien colocó a Rozas al frente del gobierno, orquestando un golpe a través del cual se le entregó el poder. Sin embargo, otra de las familias más poderosas de “los Ochocientos”, los Carrera, quedaron descontentos con el reparto de cargos, ya que los Larrain les dieron tan solo puestos secundarios. En un agrio intercambio de palabras, fray Joaquín Larrain interpeló a José Miguel Carrera, cabeza política de su familia, diciéndole: “Todos los presidentes son ahora de los nuestros: el presidente del Congreso, el presidente de la Junta, incluso el presidente de la Corte Suprema”; a lo que Carrera, furioso, respondió: “¿Y quién es el presidente de las bayonetas”, en alusión al golpe anterior, qué él había dirigido para los Larrain, a través

constituyen un foro adecuado. Baste tan solo decir que esta argumentación también ha sido esgrimida en el caso chileno: “La forma del derecho divino mantuvo en estos países una paz inalterable de tres siglos, y la independencia solo fue posible desde que desapareció la monarquía legítima de España” EDWARDS, La Fronda aristocrática en Chile, pág. 184.

⁷⁵ *La Fronda aristocrática en Chile*, págs. 45 y 51.

⁷⁶ El periodo de gobierno autónomo comprendido entre 1810 y la “Reconquista” de 1814 suele ser conocido en Chile con el nombre de “Patria Vieja” ENRÍQUEZ, L., “El patronato en Chile. De Carrera a O’Higgins”, en *Hispania Sacra*, LX, nº. 122, pág. 509.

⁷⁷ De ideas liberales, Rozas fue funcionario de la administración española, pero había sido destituido por sus convencimientos liberales HARVEY, R., *Los libertadores. La lucha por la independencia de América latina 1810-1830*. Barcelona, 2002, pág. 313.

de su hermano Luis, oficial al mando del cuerpo de granaderos, el más capaz del ejército chileno⁷⁸.

La no muy velada amenaza se verificó el 25 de noviembre de 1811, cuando un segundo golpe dirigido por los hermanos Carrera entregaba el poder al más notable de ellos, José Miguel, y apartaba del gobierno a Rozas –a quién se nombró gobernador de Concepción- y a los demás políticos cercanos a los Larrain. José Miguel Carrera, apodado “el Rayo”, adquirió un poder prácticamente omnímodo en su condición de caudillo militar del ejército independentista⁷⁹, tras lo cual suspendió la vigencia del reglamento constitucional que se había elaborado en agosto y disolvió el Congreso, formando una Junta de Gobierno bajo su control⁸⁰.

Para entonces, una de las personas más destacadas de la escena política independentista era Bernardo O’Higgins, hijo ilegítimo de un irlandés y una mujer chilena⁸¹, educado en Londres bajo la tutela de dos judíos fabricantes de relojes. Los

⁷⁸ HARVEY, R., *Los libertadores*, pág. 316.

⁷⁹ Bajo la dirección de Carrera, Chile se dotó de la que hoy en día es su bandera; Carrera, además, elaboró la primera Constitución chilena WHELAN, *Desde las cenizas*, pág. 76, nota 20. Al parecer, José Miguel Carrera era un iniciado de las logias masónicas españolas EYZAGUIRRE, J., *Fisonomía histórica de Chile*. Santiago de Chile, 1988, pág. 94, a las que, en ocasiones, se ha atribuido un papel activo en el proceso que condujo a la independencia de Hispanoamérica por ejemplo, DÍAZ TRECHUELO, L., *Bolívar, Miranda, O’Higgins., S. Martín. Cuatro vidas cruzadas*. Madrid, 1999, pág. 15: “Entre los diversos acontecimientos que, en mayor o menor medida concurrieron al triunfo de la independencia americana hay que recordar la expulsión de los jesuitas en 1767 y la influencia de la masonería”; en el mismo sentido DE LA CIERVA, R., *La Masonería en España. La logia del Príncipe 12*. Madrid, 1996, pág. 140. La obra de referencia en España sobre la masonería sigue siendo, a día de hoy, la de FERRER BENIMELI, J.A., *Historia de la masonería española*. Valencia, 1989.

⁸⁰ En palabras de Díaz-Trechuelo, Carrera tenía “una desmedida ambición personal, que en varias ocasiones se sobrepuso a su indiscutible patriotismo” *Bolívar, Miranda, O’Higgins., S. Martín*, pág. 91.

⁸¹ Ambrosio O’Higgins, padre de Bernardo, tuvo una vida azarosa: llegó a España huyendo de las persecuciones religiosas de su Irlanda natal, se estableció en Cádiz como empleado de una casa comercial que lo envió a Lima, lugar en el que acabó poniendo una tienda de telas; tras un viaje a Chile regresó a España, donde cambió su oficio por el de las armas. Como militar regresó a América para luchar en la guerra contra los araucanos. En el ejército llegaría a ascender a coronel por méritos de guerra DÍAZ TRECHUELO, *Bolívar, Miranda, O’Higgins., S. Martín*, págs. 27 y 28. De “viejo monstruo” lo califica Robert Harvey, por haber dejado embarazada a una adolescente chilena, que acabaría dando a luz al que a la postre sería el gran artífice de la independencia de Chile, cuando el irlandés ya superaba la cincuentena *Los libertadores*, pág. 297. La carrera de don Ambrosio acabaría alcanzando la más alta cima imaginable:

modos autoritarios de Carrera condujeron a un levantamiento en su contra en Concepción, ciudad de origen de O'Higgins. Éste, pese a las peticiones de Carrera, puso su regimiento, el de Los Ángeles, al servicio de la junta creada en Concepción, en la que volvía a jugar un importante papel Martínez de Rozas. El pacifismo de Rozas, que se niega a seguir los planes de O'Higgins de marchar contra las tropas de Carrera, y la llegada de las lluvias otoñales impidieron una guerra civil interna en las filas independentistas. La invasión desde Perú en 1813 llevó a la forzosa reconciliación entre ambas facciones.

O'Higgins no tardó en sustituir a Carrera como principal figura del independentismo, ya que sus éxitos militares hicieron que la Junta forzara la dimisión de Carrera el 1 de febrero de 1814, para entregar el mando supremo del Ejército a O'Higgins. En Lircay se firmó una tregua entre realistas e independentistas, el 3 de mayo de 1814, cuyas consecuencias, en parte debidas a la torpeza política de O'Higgins, fueron volver a entregar el poder dentro del bando independentista a Carrera. Esta vez el conflicto entre ambas facciones era inevitable: O'Higgins se negó a reconocer a Carrera autoridad alguna y, al frente de más de mil quinientos hombres, marchó sobre Santiago, siendo derrotado en la batalla de los llanos de Maipo. Tras una entrevista en Santiago, y amenazados los intereses de ambos por el desembarco realista en Talcahuano, O'Higgins volvió a ponerse a las órdenes de Carrera. En octubre, en la batalla de Rancagua, el ejército independentista fue totalmente derrotado por las fuerzas realistas de Osorio⁸².

Tras el desastre, O'Higgins con los restos de su ejército, cruzó los Andes y se refugió en Mendoza, donde sus maltrechas tropas se unieron a las de San Martín, que

se convirtió en virrey de Perú en 1795, cargo en el cual acometió con éxito importantes trabajos, como la construcción de una carretera entre la capital, Lima, y el principal puerto, El Callao.

⁸² O'Higgins culparía durante toda su vida a Carrera de aquel desastre, acusándole ya de cobardía, ya de traición, puesto que pensaba que Carrera prefirió ver derrotado a un posible rival político que a los enemigos de Chile. Al parecer, Carrera planeaba hacer asesinar a O'Higgins si este vencía en Rancagua, HARVEY, R., *Los libertadores*, pág. 327. Con Rancagua, termina el periodo de la "Patria Vieja" chilena, que "hasta su desaparición en 1814, había tenido que enfrentarse a conflictos casi continuos entre grupos regionales y políticos opuestos" BUSHNELL, D., "La independencia de la América del Sur española", en BETHELL, L., ed., *Historia de América. La independencia*. Barcelona, 1995, pág. 101

combatía contra los partidarios de España en el virreinato de Buenos Aires. Durante dos años, San Martín y O'Higgins prepararon un ejército conjunto con el que marchar sobre Chile⁸³, algo que hicieron saliendo de Mendoza el 9 de enero de 1817 y pasando los Andes sin encontrar oposición española en la cordillera⁸⁴. El 12 de febrero de 1817, los ejércitos realista e independentista se encontraron en Chacabuco, para el choque en el que había de decidirse el destino de las tierras chilenas. Allí, O'Higgins dirigió la carga de la caballería independentista contra las fuerzas leales a España, que fueron derrotadas de forma tan aplastante como dos años antes lo había sido el propio O'Higgins en Rancagua⁸⁵. En España, se culpó de la derrota al gobernador Marcó del Pont, que no había sido capaz de defender una barrera natural tan formidable como los Andes. Del desprecio que despertó Del Pont tanto entre sus compañeros de armas como entre sus enemigos deja testimonio el hecho de que, cuando el español iba a rendirle su espada a San Martín, éste –al que Marcó del Pont había hecho blanco de insultos racistas- se la devolvió, diciendo: “Deje que esa hoja siga en el cinto de Su Excelencia, señor general, porque en ese sitio es donde menos daño puede hacerme”⁸⁶.

Aunque la guerra prosiguió contra los bastiones realistas en el Sur, en el primer aniversario de la batalla de Chacabuco, O'Higgins proclamó la independencia de Chile, posibilitada por una segunda victoria de gran alcance contra los realistas en Maipó. Sin ser este foro para entrar en profundidades, es inevitable hacer una única reflexión sobre

⁸³ Durante la ausencia de suelo chileno del ejército independentista, sus simpatizantes fueron duramente reprimidos por el gobierno del general realista Osorio. No obstante, las acciones esporádicas contra pequeños contingentes de tropas realistas o contra soldados aislados no cesaron en ese tiempo. El blanco preferido de los independentistas eran los soldados del Regimiento Talavera, los “talaveras”, conocidos por su crueldad.

⁸⁴ “La marcha de San Martín invita inevitablemente a compararla con el cruce de los Andes que Bolívar emprendería dos años y medio después ... Bolívar consiguió su logro al costo apabullante de perder dos tercios de sus hombres, más todos los caballos y las mulas. Con el doble de hombres, San Martín perdió menos de cien y conservó por lo menos un tercio de sus mulas y caballos. Era la diferencia entre una acción demoníaca librada al azar y el triunfo de una planificación meticulosa” HARVEY, R., *Los libertadores*, pág. 356

⁸⁵ La verdad histórica sobre esta carga ha sido objeto de encendido debate, ya que al realizarla, O'Higgins violaba las órdenes expresas de San Martín, que le había encomendado la tarea de limitarse a contener al flanco derecho realista.

⁸⁶ Citado en HARVEY, *Los libertadores*, pág. 361.

la naturaleza del conflicto de independencia en Chile en particular y en Hispanoamérica en general:

“Fueron tan venezolanos como Bolívar los que a este inflingieron la memorable derrota de La Puerta y tan chilenos como O’Higgins la mayor parte de los vencedores de Rancagua. La presencia de peninsulares en estos encuentros fue escasa y generalmente circunscrita a los grados superiores de la milicia. La casi totalidad de la tropa y buena parte de la oficialidad eran criollas y no llevadas por la fuerza, sino movidas por verdadera persuasión monárquica”⁸⁷.

Así pues, no cabe olvidar que en Chile como en otros lugares del continente, la guerra contra España fue en gran medida una guerra civil entre vecinos y naturales del mismo suelo, que unos querían independiente y otros vinculado a España⁸⁸.

Sin embargo, el gobierno del vencedor de Chacabuco –que tomó el título de Director Supremo, otorgado por San Martín- no tardó mucho en decepcionar a los que esperaban el establecimiento de una república democrática. O’Higgins gobernó de forma autoritaria y, desde el primer momento, imprimió un sesgo revanchista a su administración, creando tribunales para juzgar a todos aquellos que no hubieran apoyado el independentismo con vigor, confiscando sus bienes y privándoles de todo derecho político, cuando no desterrándolos⁸⁹. “El gobierno de O’Higgins degeneró en

⁸⁷ EYZAGUIRRE, *Fisonomía histórica de Chile*, pág. 100. En el mismo sentido, SCULLY, T.R., *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago de Chile, 1992, págs. 34-35: “En Chile, como en el resto de Hispanoamérica, la guerra de independencia fue en realidad una guerra civil entre facciones divergentes y grupos con intereses”.

⁸⁸ Este no es un fenómeno único del caso hispano. Con harta frecuencia se obvia que la guerra de Independencia de los Estados Unidos, aún contando con la presencia de tropas de la metrópoli, fue también una guerra civil de notable intensidad y crueldad, en la que intervinieron incluso los nativos, apoyando a uno u otro bando. Dicha circunstancia ha sido recientemente reflejada en la narrativa a través de la novela WU MING, *Manituana*. Barcelona, 2009.

⁸⁹ También se confiscaron los bienes de aquellos que huyeron de Chile durante la guerra, y se restringió la libertad de movimientos de los peninsulares, hasta el punto de que, a partir de ciertas horas, tenían prohibido circular por las calles DÍAZ TRECHUELO, *Bolívar, Miranda, O’Higgins., S. Martín*, pág. 120.

una dictadura de mano de hierro”⁹⁰ y se negó a crear un Senado que tuviera competencias legislativas. Cuando, en 1822, se decidió a dotar al país de una nueva Constitución⁹¹, ésta no fue sometida a ningún tipo de referendo popular, sino que fue otorgada directamente por el general⁹². Trató, en suma, de crear un régimen cesarista, “hizo milagros en la administración y en la guerra, pero a pesar de su prestigio y de la fuerza, nada pudo fundar estable”⁹³. Su vinculación a la Logia Lautaro, a la que también pertenecía San Martín, despertó recelos y animadversiones entre los chilenos, que creían que la logia era el verdadero poder en la sombra, a la que el Director Supremo debía consultarle todos los nombramientos y las decisiones del gobierno.

Sus enemigos políticos, los hermanos Carrera, habían de encontrar un trágico fin en 1818: detenidos Luis y Juan José en Mendoza por conspirar para hacerse con el poder en Chile, O’Higgins fue reacio a interceder en su favor y, cuando cedió a las presiones de San Martín al respecto, ya era demasiado tarde: ambos habían sido fusilados por el gobernador de Mendoza, contra cuya autoridad también habían inducido desórdenes los Carrera⁹⁴. Estas ejecuciones fueron devastadoras para el prestigio político de O’Higgins: la aristocracia chilena en bloque se volvió contra él, ya que creían que había representado una comedia, fingiendo perdonarles y buscando a propósito que el mensajero que llevaba las órdenes correspondientes llegara tras haberse realizado el fusilamiento de ambos hermanos. Una responsabilidad similar se le atribuyó en relación con la ejecución sumaria del guerrillero carrerista Manuel

⁹⁰ WHELAN, *Desde las cenizas*, pág. 60.

⁹¹ La primera constitución iberoamericana fue la federal venezolana de 1811, promulgada en el marco del movimiento iniciado en 1810 al proclamarse Junta el cabildo de Caracas, hecho en el que algunos autores han visto caracteres de auténtico golpe de Estado por ejemplo, BREWER-CARIAS, A.R., *Evolución histórica del Estado. Tomo I de Instituciones Políticas y Constitucionales*. Caracas, 1985, pág. 195, que afirma: “El Ayuntamiento de Caracas, en su sesión del 19 de abril de 1810, puede decirse que realizó un golpe de Estado, deponiendo a la autoridad constituida”; o también POLANCO, T., “Interpretación jurídica de la Independencia”, en *El movimiento Emancipador de Hispanoamérica, Actas y Ponencias*, Caracas, 1961, tomo IV. pág. 323.

⁹² WHELAN, *Desde las cenizas*, pág. 60.

⁹³ EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 53.

⁹⁴ DÍAZ TRECHUELO, *Bolívar, Miranda, O’Higgins., S. Martín*, pág. 125.

Rodríguez⁹⁵. La tragedia de la familia Carrera continuaría con el fusilamiento del propio José Miguel, cuando desde su exilio argentino, al frente de una heterodoxa fuerza armada, denominada Legión Chilena -que cometió todo tipo de atrocidades, incluido el saqueo de Salta- trataba de cruzar los Andes para regresar a Chile y hacerse con el poder. Capturado por el gobernador de Mendoza, el 4 de septiembre de 1821 fue fusilado en esta ciudad, la misma en la que habían sido ejecutados en 1818 sus dos hermanos⁹⁶.

Entre 1820 y 1823 O'Higgins gobernó como “un dictador paternal, que pretende hacer la felicidad de su pueblo, sin permitirle que decida por sí mismo sus propios asuntos”. La comedia representada para aprobar la Constitución de 1822 “acabó con el prestigio y la popularidad que aún conservaba O'Higgins”⁹⁷. La situación llegó a tal punto que una rebelión estalló en Concepción⁹⁸, la propia “patria chica” del Director Supremo, donde el general Ramón Freire, que había dirigido la larga campaña contra

⁹⁵ Rodríguez, héroe de la lucha contra los realistas con su unidad conocida como “los Húsares de la Muerte”, intentó derrocar a O'Higgins tras ser derrotado el ejército chileno por los realistas en Cancha Rayada, en el mismo tiempo en que se ejecutó a Luis y a Juan José Carrera. Rodríguez fue capturado por las tropas al mando de Monteagudo y se le abatió, según la poco creíble explicación oficial, cuando trataba de fugarse en el trayecto entre Quillota y Santiago.

⁹⁶ DÍAZ TRECHUELO, Bolívar, Miranda, O'Higgins., S. Martín, pág. 129. La voluntad de O'Higgins de acabar con la familia Carrera era implacable. Muestra de ello son las palabras que el Director Supremo dirigió a San Martín al respecto, aún en vida de los hermanos: “[Los Carrera] Siempre han sido iguales y solo la muerte los hará cambiar. Mientras estén vivos el país estará despedazado por incesantes convulsiones ... Un castigo rápido y ejemplar es el único remedio para tan grave maldad. Que los tres inicuos Carrera sean quitados de en medio. Que sean juzgados y mueran” citado en HARVEY, Los libertadores, pág. 297.

⁹⁷ DÍAZ TRECHUELO, Bolívar, Miranda, O'Higgins., S. Martín, pág. 152. Un análisis detallado de los tres últimos años de gobierno de O'Higgins en EYZAGUIRRE, J., O'Higgins. Santiago de Chile, 1974, pág. 328-382.

⁹⁸ Concepción habría de ser, a lo largo del siglo XIX, la rival ideológica de Santiago, hasta el punto de que “la lucha entre el civilismo y la espada, entre la aristocracia y la dictadura, tomó más de una vez la forma de un duelo entre Santiago y Concepción” EDWARDS, *La Frontera aristocrática en Chile*, pág. 38. La razón, en parte, estribaba en que Concepción era una ciudad en la que la vida militar había tenido una importancia clave, al tratarse del eje sobre el que gravitaba, desde el tiempo de la dominación española, la frontera militar del Arauco. Era, por tanto, la plaza fuerte más importante de Chile DÍAZ TRECHUELO, Bolívar, Miranda, O'Higgins., S. Martín, pág. 88. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, el tejido empresarial de Concepción comenzó a cobrar mayor empuje. Al respecto, ver MAZZEI DE GRAZIA, L., “El empresariado mercantil de Concepción a finales del siglo XIX”, en *Atenea* 498, 2008.

los reductos realistas del Sur del país, solicitó a San Martín que mediara para forzar la renuncia de O'Higgins⁹⁹. Poco después el cabildo de Santiago de Chile pidió al general que dimitiera. Forzado por las circunstancias, el héroe de la independencia dimitió y se embarcó hacia Perú, donde habría de vivir exiliado durante el resto de sus días, hasta que la muerte le sorprendió el 24 de octubre de 1842, sin haber vuelto nunca a pisar el suelo del país a cuya independencia había contribuido de forma tan destacada¹⁰⁰.

2.- CHILE TRAS LA CAÍDA DEL DIRECTOR GENERAL.

Como si O'Higgins hubiera hecho suyas las palabras de Luis XIV –“Después de mí, el diluvio- ocho años de anarquía e inestabilidad fueron la herencia directa del cesarismo del Director General, hasta que, en 1831, el gobierno del general Joaquín Prieto logró devolver la estabilidad al país. Este periodo de tiempo ha sido conocido como “la era de los pipiolos”, en referencia al nombre popular con que se conocía a la facción mayoritaria del liberalismo chileno¹⁰¹.

Una serie de generales liberales se sucedió en diversos gobiernos. El primero de ellos fue Ramón Freire, antiguo jefe del ejército del Sur, que sustituyó a O'Higgins cuando marchó al exilio. Al poco, Freire fue sustituido al frente del país por el general Pinto, que quiso establecer un gobierno civil de corte democrático. Consciente de ello, la aristocracia forzó su sustitución, devolviendo el poder a Freire, sustituido por segundo vez al poco tiempo, esta vez por el general Prieto. Prieto era un antiguo lugarteniente de O'Higgins, pero fue utilizado por los grupos de poder santiaguinos para

⁹⁹ En un intento de aplacar a los opositores, el Director Supremo hizo fusilar a su consejero Rodríguez Aldea, odiado de todos, que en un principio había servido al realismo y que se había unido a O'Higgins solo cuando los leales a España fueron derrotados.

¹⁰⁰ Los cambios ocurridos en Chile en 1823 no fueron los únicos de ese año en Sudamérica: en Brasil, un golpe de Estado ponía fin, el 16 de noviembre de 1823, al primer periodo constitucional de la gran nación lusófona BONAVIDES, P., y ANDRADE, P.de, *História Constitucional do Brasil*. Río de Janeiro, 1991, pág. 46.

¹⁰¹ SCULLY, Los partidos de centro y la evolución política chilena, pág. 38.

acabar con los últimos partidarios del libertador exiliado. Como se ve, los aristócratas “no se cansaron de suscitar caudillos contra sus caudillos”¹⁰².

La figura que había de truncar esta situación comenzó a emerger en 1827¹⁰³. Se trató de Diego Portales, importante hombre de negocios que, en esa fecha, decidió participar en el combate político chileno. Entre 1827 y 1829, Portales reunió a su alrededor a un grupo variopinto formado por restos del realismo, de los partidarios de Carrera, de los partidarios de O’Higgins, los aristócratas contrarios a Freire e incluso por los radicales federalistas que encabezaba Infante¹⁰⁴.

En 1829, la tensión civil y política llegó a tal extremo que estalló la guerra civil entre el círculo de Portales y los partidarios del general Freire. El conflicto se decidió en la batalla de Lircay, con el triunfo de las conservadoras armas portalianas¹⁰⁵. Derrotados militarmente sus enemigos, Portales fue lo bastante inteligente como para comenzar a anular políticamente a quienes hasta entonces habían sido sus amigos. El mayor de los riesgos, para él, era que, vencidos los generales liberales, regresara a Chile Bernardo O’Higgins para asumir nuevamente la dirección de la nación. Portales supo eliminar este problema con una magistral maniobra política: entregó el gobierno al general Prieto, vencedor en Lircay y cabeza en Chile de los partidarios de O’Higgins. Así, privaba al exiliado de su principal valedor e integraba al o’higginismo en la estructura de intereses y de poder gubernativo, de forma que el regreso del libertador, con el

¹⁰² EDWARDS, La Fronda aristocrática en Chile, pág. 58.

¹⁰³ En ese año hubo un motín liderado por Enrique Campino EYZAGUIRRE, Fisonomía histórica de Chile, pág. 114. Era Campino un general de ideas federalistas que, con el apoyo del sector más radical de ese partido, irrumpió en el Congreso y apresó a los diputados conservadores. Su intentona fue rápidamente reprimida MONTECINOS, E., “Antecedentes sobre la relación histórica centralismo y descentralización en Chile”, en Revista Venezolana de Gerencia, n.º 31, 2005, pág. 448.

¹⁰⁴ José Miguel Infante Rojas había conseguido que, en 1826, el Congreso aceptara su proyecto federalista, dividiendo Chile en ocho provincias cuyos cargos se elegirían por sufragio universal, en vez de por el vigente sufragio censitario. Sin embargo, el proyecto no pudo llevarse a la práctica por falta de medios MONTECINOS, “Antecedentes sobre la relación histórica centralismo y descentralización en Chile”, pág. 447.

¹⁰⁵ La derrota de los “pipiolos” en Lircay supuso el fin de los intentos de establecer un Estado liberal en Chile URZÚA VALENZUELA, G., *Historia política de Chile y su evolución electoral Desde 1810 a 1992*. Santiago de Chile, 1992, pág. 49.

consecuente cambio de situación, era contrario incluso a los intereses de quienes habían sido sus propios partidarios¹⁰⁶.

Con el fin de la guerra y la instauración del gobierno de Prieto, bajo el dominio de Portales, se cerró el periodo de inestabilidad constante que había vivido Chile desde la caída de O'Higgins. La influencia de Portales no solo en los gobiernos surgidos a partir de 1830, sino en la estructura misma del Estado, hacen que, con frecuencia, se denomine al Chile de la época subsiguiente como "Estado portaliano"¹⁰⁷.

3.- EL ESTADO PORTALIANO.

Con el gobierno de Joaquín Prieto, sostenido por Portales, Chile entró en un periodo de relativa estabilidad que habría de prolongarse durante varias décadas, si bien con alteraciones significativas: Las revueltas de 1851 y 1859 y la "pequeña guerra" en el Arauco. En los primeros treinta años de ese periodo, la república solo conoció tres presidentes, todos ellos de corriente conservadora y vinculados a la figura de Diego Portales; estas circunstancias llevaron a Whelan a afirmar que "de 1831 a 1871 Chile fue, virtualmente, una monarquía, dentro de la cual dos corrientes elitistas –viejos monarquistas y nuevos aristócratas- luchaban por el poder"¹⁰⁸.

De entre los cambios que en la estructura del Estado introdujo Portales, uno había de tener una importancia vital a la hora de afrontar las alteraciones del orden que habrían de sucederse en los años posteriores: la creación de la Guardia Nacional, un cuerpo de seguridad bajo control directo del presidente de la República. Todos los presidentes, conscientes de la importancia de este cuerpo, fomentaron su ampliación a costa del Ejército: En 1835, el Ejército tenía en filas tres mil hombres, mientras que la Guardia Nacional disponía de más de veinticinco mil; aún se redujeron más las tropas regulares en 1845, quedando dos mil soldados regulares en un momento en que la

¹⁰⁶ Con ello, "Portales había aplastado sucesivamente no solo a sus enemigos, sino a sus aliados de 1829" EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 84.

¹⁰⁷ GÓNGORA, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*, pág. 40.

¹⁰⁸ WHELAN, *Desde las cenizas*, pág. 61.

Guardia Nacional ya tenía más de cincuenta y seis mil integrantes; en 1851, frente a dos mil doscientos soldados existían más de setenta mil guardias nacionales¹⁰⁹.

En 1831 el mundo político chileno se vio conmocionada por un hecho inesperado: en el momento de máximo poder, Diego Portales renunció a sus cargos en el gobierno y regresó a su Valparaíso natal, para vivir modestamente como comerciante, oficio que había desempeñado hasta su salto a la política nacional. Como dice Alberto Edwards, “después de vencer a todos, se venció a sí mismo”¹¹⁰. El retiro iba a durar poco: ante los acuciantes problemas del gobierno, Portales regresó al mismo como ministro en el año 1835¹¹¹.

En 1836 un nuevo incidente militar truncó, si bien brevemente, la paz en Chile. El general Ramón Freire, exiliado en Perú, reunió con el apoyo del gobierno de esta nación una pequeña expedición militar. Con sus dos barcos y alrededor de doscientos hombres, partió de El Callao en agosto de 1836, con el objetivo de derrocar al gobierno chileno que, en aquellos momentos, estaba en manos del general Prieto. La expedición fue un rotundo fracaso, ya que, tras un combate breve y poco cruento, Freire y sus hombres fueron capturados por las fuerzas gubernamentales¹¹². La principal consecuencia de la intentona de Freire fue la ruptura de las relaciones entre Chile y Perú, lo cual acabaría conduciendo a la guerra de 1838.

Este regreso de Portales al poder se vio truncado trágicamente en 1837. En esas fechas, la guerra con la Confederación era inminente. Por ello, el gobierno chileno comenzó a acantonar las fuerzas necesarias para realizar una expedición contra la costa

¹⁰⁹ SCULLY, *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, pág. 41.

¹¹⁰ EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 70.

¹¹¹ Antes de su regreso, el “Estado portaliano” había sido consagrado legalmente a través de la Constitución de 1833, una Constitución que concentraba amplios poderes en el Presidente de la República, hasta el punto que de ese texto legal se ha dicho que creaba “un monarca electivo por cinco años, con facultad de ser reelegido por otros cinco y la posibilidad de ser nuevamente elegido después por otros cinco más” GUERRA, J.G., “Origen y caída de la Constitución de 1833”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo LXXV, pág. 260.

¹¹² DÍAZ TRECHUELO, Bolívar, Miranda, O’Higgins, S. Martín, pág. 190. Tras esta aventura, Freire fue desterrado a Australia.

peruana. Los regimientos, que debían sumar un total de tres mil hombres, fueron acantonados en las localidades de Quillota y Valparaíso. Coincidiendo con la visita de Portales a las tropas de Quillota, estas se sublevaron, acaudilladas por el coronel José Antonio Vidaurre, su oficial al mando, en sintonía con un alzamiento liberal simultáneo en Concepción. Los alzados elaboraron un acta en el que se acusaba a Portales de despotismo y de llevar a Chile a la guerra como resultado de intrigas e intereses personales, no por el bien de la nación. Las tropas de Vidaurre abandonaron Quillota en dirección a Valparaíso, pero desde allí había partido la otra mitad de la fuerza expedicionaria, al mando de Blanco de Encalada, con la intención de combatir a los rebeldes, con los que se enfrentaron en Cerro Barón. Durante el intercambio de fuego entre ambos contingentes, Diego Portales, al que los rebeldes llevaban en un carro en su retaguardia, fue ejecutado por orden del oficial que le escoltaba, el coronel Florín¹¹³. Derrotado el elemento rebelde armado en aquel encuentro, el alzamiento de 1837 fue sofocado con rapidez, aunque Vidaurre aún tardaría cuatro meses más en ser capturado y ser llevado frente a al consejo de guerra que, como no podía ser de otra manera, le condenó a muerte. Desde el exilio, O'Higgins celebró la muerte de Diego Portales escribiendo “No hay mal que por bien no venga”, expresando así su convicción de que quizá muerto Portales pudiera evitarse la guerra entre Chile y Perú¹¹⁴.

En 1846 hubo algunas algaradas políticas de escasa entidad¹¹⁵, pero el deterioro de la situación política chilena se agravó a partir del año 1849. En ese año, el general Bulnes¹¹⁶, en el poder, confeccionó una lista para las elecciones en la que se dejaba fuera de las candidaturas a algunas de las figuras más destacadas de la aristocracia.

¹¹³ Hubo muchos rumores sobre quién dio la orden de ejecutar a Portales. Se sospechó de una intriga dirigida por el general Santa Cruz, cabeza política de la Confederación peruano-boliviana. El coronel Vidaurre negaría toda participación o autoría extranjera, incluso en su testamento, que redactó bajo juramento pocas horas antes de ser ejecutado, el 4 de octubre de 1837, junto con otros oficiales implicados en el alzamiento de Quillota.

¹¹⁴ DÍAZ TRECHUELO, *Bolívar, Miranda, O'Higgins., S. Martín*, pág. 190.

¹¹⁵ EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 85.

¹¹⁶ Este general había sido el gran héroe en la guerra contra la confederación peruano-boliviana, tomando Lima el 21 de agosto de 1838 y dirigiendo al ejército chileno en la victoriosa y, a la postre, decisiva batalla de Yungay.

Manuel Montt, representante del sector más conservador de la política chilena, se reunió con el general y le informó de que los excluidos pensaban concurrir a los comicios por su cuenta. Aún derrotados en muchos feudos aristocráticos, la “lista de los excluidos” triunfó con Gallo en Copiapó, con Vallejo en Huasco, con Tocornal en Valparaíso, y en varias importantes localidades más. El general Bulnes cesó al gobierno existente, liderado por Vial, e incorporó a varios de los excluidos, lo cual le hizo ganarse, a su vez, la animadversión de los vialistas cesados, sin ganar por ello la lealtad de los nuevos ministros. El resultado de estos acontecimientos fue un gobierno dividido y combatido por quienes debían de haber sido sus aliados naturales.

El 8 de septiembre de 1850 estalló en la localidad de San Felipe un tumulto popular que llevó al gobierno chileno a proclamar el estado de sitio. Una de las consecuencias políticas que tuvo el incidente fue el convencer al general Bulnes, auténtico hombre fuerte del país, de que debía apoyar la candidatura de Montt en las siguientes elecciones, ya que Montt se había presentado a sí mismo como el hombre que iba a devolver el orden al país¹¹⁷, dado que “la impresión general de las autoridades es que dominaba la inseguridad social”¹¹⁸.

En las elecciones subsiguientes se enfrentaron Montt y el general Manuel José de la Cruz, con un triunfo aplastante del primero, que tan solo perdió los comicios en la circunscripción de Concepción, conocida por su militarismo. El 20 de abril de 1851 se hicieron realidad los peores presagios: el coronel Urriola acaudilló un levantamiento militar en Santiago de Chile contra el gobierno de Montt¹¹⁹. Urriola, al que se le había informado de que contaría con el apoyo de los obreros de la capital¹²⁰, constató,

¹¹⁷ VICUÑA MACKENNA, B., *Los girondinos chilenos*. Santiago de Chile, 1989, pág. 74.

¹¹⁸ NEIRA NAVARRO, M., “Castigo femenino en Chile durante la primera mitad del siglo XIX”, en *Historia*, n.º 37, vol. 2, 2004, pág. 369.

¹¹⁹ Al parecer, Urriola, un oficial de origen noble y notable prestigio, actuó en buena medida por enemistad personal hacia Bulnes, que había apoyado a Montt en el proceso electoral, pese a que el otro candidato, Santa Cruz, era primo suyo EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 99.

¹²⁰ El proletariado urbano era entonces un fenómeno incipiente en Chile, un país eminentemente rural, como revela que, entre 1830 y 1860, solo Santiago, Valparaíso y Concepción superaran los diez mil habitantes, no llegando a sumar entre las tres ciudades más de setenta mil habitantes para un país en torno a los dos millones de habitantes SCULLY, *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, pág. 40.

consternado, que, lejos de apoyarle, gran parte de la población menesterosa de la capital se alistaba en la Guardia Nacional para hacer frente a la rebelión. Reprimida su intentona con dureza y celeridad, se dice que las últimas palabras de Urriola, herido ya de muerte en los combates subsiguientes, fueron: “Me han engañado”¹²¹.

No iba a durar en exceso la calma en Chile. El Ejército del Sur se levantó en armas contra el gobierno, y muy pronto el alzamiento se extendió a gran parte del país: Santiago, La Serena, Elqui, Huasco, Ovalle, Combarbalá, Illapel, Valparaíso, Magallanes, Copiapó... En Santiago comenzó el 7 de septiembre, cuando trescientos miembros de la Sociedad de la Igualdad asaltaron armados de revólveres varios cuarteles y se hicieron con las armas que había en ellos¹²².

Gracias a la lealtad de las tropas norteñas y a la Guardia Nacional, una de las creaciones de Diego Portales¹²³, las tropas insurrectas fueron derrotadas por el general Bulnes en el campo de Loncomilla, pese a los malos augurios, dado lo escaso de los medios con que había comenzado la defensa del gobierno frente a los alzados¹²⁴. De la Cruz se rendía ante Bulnes el 14 de diciembre, en Purapel¹²⁵.

Sobre la industrialización de Chile y la importación de los modelos europeos, ver LLANOS REYES, C., “Apuntes en torno a las representaciones de la modernidad capitalista durante el siglo XIX. Los casos de Chile y Bolivia”, en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, n.º 45, 2009.

¹²¹ EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 94.

¹²² URZÚA, *Historia política de Chile y su evolución electoral*, pág. 66.

¹²³ “El genio de Portales combatió ... al frente de los cuerpos improvisados sobre las milicias cívicas que él creara. Desde su tumba asestó aquel último golpe al caudillaje” EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 100.

¹²⁴ Cuando salió de Santiago para enfrentarse a los rebeldes, la única compañía que llevaba Bulnes era la de cincuenta granaderos, quedando depositadas todas sus esperanzas en que el pueblo chileno le apoyara integrándose en las milicias, como así ocurrió. De la escasez de soldados regulares del bando gubernativo da idea el que, habiendo fallecido los días de la campaña el anciano general Freire, fue imposible enterrarle con honores militares porque no quedaba un solo piquete de soldados en todo Santiago.

¹²⁵ MONTECINOS, “Antecedentes sobre la relación histórica centralismo y descentralización en Chile”, pág. 450.

La revuelta de 1851 fue considerablemente sangrienta: unos dos mil muertos para una población que no superaba el millón y medio de habitantes¹²⁶. Con notable aliento poético y acierto histórico, Vicuña McKenna definió los sucesos del año 1851 de la siguiente manera:

*“El 20 de abril fue, en verdad, solo el sangriento encuentro de dos adversarios que se acechaban día y noche y que desde hacía seis meses dormían con sus pistolas bajo las almohadas. Por eso uno y otro se batieron a muerte y sin padrinos”*¹²⁷.

De resultas de la derrota del año 1851, la mayor parte de los líderes liberales chilenos debieron marchar al exilio¹²⁸ y Manuel Montt¹²⁹ permaneció en el poder durante casi una década. Con el tiempo, los dispersos restos del liberalismo alzado en armas en 1851, acabaron fundando, en 1857, el Partido Reformista¹³⁰.

A lo largo de la década de 1850, la confrontación ideológica en Chile se centró en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Mientras los liberales defendían la necesidad de una separación lo más profunda posible, en el movimiento conservador existía una importante corriente ultramontana, llamada así por estar de acuerdo con los intereses de Roma. Los ultramontanos sostenían que las repúblicas americanas creadas a partir de los movimientos de independencia de España no tenían derecho al Patronato

¹²⁶ WHELAN, Desde las cenizas, pág. 78, nota 33. Sobre los censos chilenos en el siglo XIX, ver ESTEFANE JARAMILLO, A., “Un alto en el camino para saber cuántos somos... Los censos de población y la construcción de lealtades nacionales. Chile, siglo XIX”, en Historia, n.º 37, vol. I, 2004.

¹²⁷ VICUÑA MACKENNA, Los girondinos chilenos, págs. 75-76.

¹²⁸ A ellos dedica su obra Vicuña McKenna. El título –Los girondinos chilenos– proviene del hecho de que los líderes liberales adoptaron cada uno el nombre de uno de los líderes girondinos de la revolución francesa. Particularmente notable fue el gesto de Juan Bello, que, sabiéndose perdido y acorralado por las victoriosas fuerzas gubernamentales, esperó junto a la tumba del coronel Urriola a las tropas que habían de detenerle.

¹²⁹ De Montt escribió Alberto Edwards: “Su vida es como su alma: no conoció la juventud ni la vejez, fue siempre maduro. Ministro a los treinta años, presidente a los cuarenta, jefe de partido hasta su muerte, lo encontramos eternamente igual a sí mismo”. La Fronda aristocrática en Chile, pág. 101.

¹³⁰ URZÚA, Historia política de Chile y su evolución electoral, pág. 67.

Regio¹³¹, ya que este era un derecho que el papa había otorgado al rey de España y que no era subrogable en los Estados nacionales que surgieron a partir de las posesiones españolas en América.

La cuestión religiosa fue ocupando un lugar cada vez más importante en la vida política chilena, alcanzando su punto álgido a partir del año 1857¹³², con el surgimiento de la llamada “cuestión del sacristán”. Fue este un conflicto entre el poder civil y las autoridades eclesiásticas, que comenzó con un incidente de escasa importancia: el despido, por el sacristán de la catedral de Santiago, de un criado laico que le había faltado al respeto. El conflicto subsiguiente entre el sacristán y los canónigos de la catedral –que no querían dar valor a la decisión del sacristán por considerar que se había excedido en sus funciones, asumiendo competencias que correspondían a los canónigos– acabó con un recurso ante la Corte Suprema chilena, cuyo dictamen final se negó a reconocer el arzobispo de Santiago. Así, una cuestión nimia acabó degenerando en un auténtico choque jurisdiccional entre la Iglesia y el Estado, que contribuyó a enrarecer notablemente el ambiente político¹³³.

En esta situación, en 1859, se produjo una nueva insurrección contra el gobierno de Montt –denominada “revolución constituyente”–, que contó con el apoyo tácito de las autoridades eclesiásticas y con el apoyo activo de algunos sectores del clero chileno¹³⁴, si bien, paradójicamente, los principales líderes de la insurrección eran miembros del

¹³¹ El Patronato Regio era el derecho de los monarcas españoles a elegir las personas que debían ocupar los obispados y otros cargos eclesiásticos de relieve en sus dominios. Esta prerrogativa fue objeto de múltiples controversias y causa de frecuentes problemas entre la monarquía española y el Vaticano. Este, finalmente, lo reconocía de forma total y definitiva a través de la firma del Concordato de 1753 entre la Santa Sede y España. Un estudio específico del caso chileno a comienzos del XIX en ENRÍQUEZ, “El patronato en Chile”.

¹³² Sobre las relaciones entre el Estado y la Iglesia en el Chile decimonónico ver SERRANO, S., “Espacio público y espacio religioso en el Chile republicano”, en Teología y Vida, vol. XLIV, 2003.

¹³³ SCULLY, Los partidos de centro y la evolución política chilena, págs. 53-55.

¹³⁴ “En 1859, con el apoyo tácito de autoridades de la Iglesia, grupos de oposición que incluían a radicales, liberales y conservadores se alzaron en armas contra el gobierno de Montt ... El apoyo dado por la Iglesia a los rebeldes es algo difícil de documentar; sin embargo, los antecedentes indican un apoyo activo de parte del clero” SCULLY, Los partidos de centro y la evolución política chilena, pág. 63 y pág. 63, nota 74.

Partido Radical, el más opuesto los intereses de la Iglesia: Ramón Vallejos en Talca, Horacio Manterola en Valparaíso, los hermanos Gallo en el Norte¹³⁵ y Matta en Santiago. El movimiento rebelde se inició en Copiapó el 5 de enero, extendiéndose a Talca y Concepción en un segundo momento y al resto del país posteriormente.

Igual que había ocurrido en 1851, fue sofocado por las fuerzas leales al gobierno de Montt, si bien con menor derramamiento de sangre que en la ocasión anterior. Una tras otra, las ciudades rebeldes fueron capitulando. Copiapó, cuna del alzamiento y de los hermanos Gallo, sus principales líderes, fue la que resistió de forma más obstinada. Aunque los rebeldes derrotaron al ejército gubernamental en la batalla de Los Loros, fueron finalmente vencidos en la batalla del Cerro Grande¹³⁶.

Ese mismo año, la secular resistencia araucana contra todo género de obediencia a una entidad estatal ajena –que había hecho que, durante la dominación española, Chile fuera siempre considerada una frontera de guerra¹³⁷- revivió y, durante dos años, adquirió un gran intensidad militar, hasta el punto de que al perenne conflicto en el Arauco se le denominó “la pequeña guerra”¹³⁸. Hacia 1861, las fuerzas gubernamentales lideradas por Cornelio Saavedra consiguieron sofocar el núcleo más duro de la rebelión, pero durante tres lustros más, los araucanos hostigaron sistemáticamente a cuantos

¹³⁵ Quizá el mayor impulsor de la rebelión fue Pedro León Gallo, que llegó a armar de su bolsillo a más de mil hombres para llevar a cabo sus proyectos contra el gobierno MONTECINOS, “Antecedentes sobre la relación histórica centralismo y descentralización en Chile”, pág. 451.

¹³⁶ Tras el conflicto de 1859, “los ánimos se tranquilizaron” y “Chile parecía caminar sin problemas hacia las metas trazadas por el gobierno” PINTO RODRÍGUEZ, J., “Proyectos de la élite chilena del siglo XIX II”, en *Alpha*, n.º 27, 2008, pág. 123.

¹³⁷ GÓNGORA, M., *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago de Chile, 1992, pág. 29. Revelador es la definición de la región dada por el padre Rosales, que denominó al Arauco “el Flandes indiano” EYZAGUIRRE, J., *Fisonomía histórica de Chile*, pág. 41.

¹³⁸ En parte, el rebrote de la guerra en el Arauco se produjo por las alteraciones políticas derivadas del alzamiento de enero de ese mismo año 1859, ya que los rebeldes del Sur incorporaron a sus filas a partidas de araucanos, que se lanzaron a la guerra con la esperanza de lograr valiosos botines URZÚA, *Historia política de Chile y su evolución electoral*, pág. 71. Sobre la política indigenista chilena, ver SEGUEL-BOCCARA, I., y BOCCARA, G., “Políticas indígenas en Chile siglos XIX y XX. De la asimilación al pluralismo. El caso mapuche”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2005.

colonos quisieron establecerse en sus tierras¹³⁹. Solo en el año 1877, por vez primera se instalaron nuevos habitantes en el Arauco sin que sufrieran el acoso de la población local¹⁴⁰, lo cual no fue óbice para que en 1880 hubiera una nueva insurrección araucana de considerables proporciones¹⁴¹.

4.- BALMACEDA Y LA GUERRA CIVIL DE 1891.

El 18 de septiembre de 1886 se hizo con el poder en Chile José Manuel Balmaceda¹⁴². En 1890, su gobierno, discrepando con él de forma fundamental, dimitió en bloque. Ello no arredró a Balmaceda, que nombró un nuevo gobierno formado en su totalidad por amigos y personas de su círculo más próximo¹⁴³. Con este gobierno hecho a medida, Balmaceda fue avanzando hacia un autoritarismo populista hasta que, en 1891, el Congreso se negó a aprobar los presupuestos que presentó. Balmaceda prescindió entonces del poder legislativo, comenzando a gobernar a través de decretos, lo cual dio lugar a una “dictadura de facto”¹⁴⁴. Lo inevitable no tardó en suceder: Con el apoyo de la Armada, el Congreso declaró a Balmaceda fuera de la ley y nombró una

¹³⁹ Una de las historias más curiosas de esta “pequeña guerra” es la del francés Orllie Antoine, autoproclamado rey de la Araucana, que desde 1860 recorrió las tierras indias tratando de crear en ellas una monarquía y siendo reconocido como rey por varios jefes. Capturado en 1862 por las fuerzas chilenas, se le juzgó loco –si bien su enemigo, el general Cornelio Saavedra siempre lo consideró cuerdo, rebelde y criminal- y se le repatrió a Francia, desde donde, en dos ocasiones más, trató de volver a “su reino”. Sobre su historia, ver ÁLVAREZ, I., “El Rey de la Araucanía y la Endemoniada de Santiago: Aportes para una historia de la locura en el Chile del siglo XIX”, en *Personas y Sociedad/Universidad Alberto Hurtado*, vol. XX, n.º 1, 2006.

¹⁴⁰ WHELAN, *Desde las cenizas*, pág. 43, nota 15.

¹⁴¹ GÓNGORA, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*, pág. 32.

¹⁴² Balmaceda había nacido el 19 de julio de 1840, en la provincia de Santiago, en el seno de una familia de la alta sociedad; durante la guerra del Pacífico fue el encargado de negociar la neutralidad argentina y la posposición de los conflictos bilaterales fronterizos entre ambas repúblicas hasta que concluyera la guerra GARCÍA, R., “José Manuel Balmaceda: Salitre, revolución y el fin del presidencialismo chileno”, consultado a través de recurso electrónico en <http://www.rebellion.org/hemeroteca/chile/040201garcia.pdf>, págs. 3 y 4.

¹⁴³ EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 174.

¹⁴⁴ WHELAN, *Desde las cenizas*, pág. 62. Balmaceda denominaba al conjunto de fuerzas y poderes que se le oponían “El Cuadrilátero” GÓNGORA, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*, pág. 63.

junta formada por el marino Jorge Montt, el vicepresidente del Congreso Waldo Silva y Barros Loco. El ejército, en su mayoría, se mantuvo leal a Balmaceda, por lo cual el conflicto civil armado fue inevitable, ya que eran muy amplios los sectores que apoyaban al Congreso rebelde -los terratenientes, los banqueros, la Armada en su conjunto, los profesionales liberales, la intelectualidad...¹⁴⁵-, lo cual hizo imposible la pronta extinción de la insurrección¹⁴⁶.

No faltaba, tampoco, la confluencia de intereses económicos internacionales en la permanencia en el poder o derrocamiento de Balmaceda. Este se había enemistado con la muy poderosa compañía North, con sede en Gran Bretaña, ya que había pretendido acabar con el monopolio que permitía a dicha empresa fijar unilateralmente los precios del mercado chileno de salitre¹⁴⁷. Cuando actuó contra la North, Balmaceda lo hizo contando con el apoyo de otras dos compañías británicas, la Campbell y la compañía Gibbs, que esperaban sacar beneficios del fin del monopolio de su competidora¹⁴⁸. Así pues, queda claro que la revolución de 1891, con su complejo entramado de intereses contra el gobierno autocrático y populista de Balmaceda, no fue una rebelión popular de la masa chilena:

¹⁴⁵ GÓNGORA, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*, pág. 61. En cuanto a la que quizá fuera la fuerza social más importante del momento en Chile, la Iglesia, ver estudio específico en OVIEDO CAVADA, C., “La iglesia en la revolución de 1891”, en *Historia*, n.º 14, 1979. Balmaceda había sido una de las piezas fundamentales del gobierno anticlerical de Santa María 1881-1886; tanto este como Balmaceda, al pretender instaurar los cementerios comunes, fueron reprendidos por el parlamentario conservador Carlos Walter Martínez con las siguientes palabras: “Los más execrables tiranos de la humanidad han perseguido solamente a los vivos; de ninguno se cuenta que hayan perseguido a los muertos” GARCÍA, “José Manuel Balmaceda: Salitre, revolución y el fin del presidencialismo chileno”, pág. 4.

¹⁴⁶ Edwards entronca esta sublevación con el conjunto de la Historia chilena en los cuarenta años anteriores: “La política de Chile, desde 1849 hasta 1891, se sintetiza principalmente en el conflicto entre dos elementos espirituales orgánicos, ambos pertenecientes al pasado: la monarquía y la aristocracia. Por eso nuestras revoluciones, incluso la de 1891, fueron siempre frondas. Cuando en las angustias del combate final, Balmaceda, como los reyes de la antigua Europa en lucha contra el feudalismo, quiso apelar al pueblo, al sentimiento democrático, los acontecimientos probaron que el infortunado presidente había pedido amparo a algo que no existía” *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 173.

¹⁴⁷ Debe tenerse en cuenta que, en 1890, los impuestos sobre la exportación de salitre constituían alrededor del 50% de los ingresos del Estado chileno GARCÍA, “José Manuel Balmaceda: Salitre, revolución y el fin del presidencialismo chileno”, pág. 3.

¹⁴⁸ GÓNGORA, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*, pág. 64.

“La revolución de 1891 no fue más popular que la de 1859. Tampoco lucharon en ella precisamente la usurpación y la legitimidad, sino dos formas divergentes del último principio. La marina, de formación europea y británica, empapada en el espíritu del constitucionalismo burgués del siglo XIX (...) acompañó al Congreso; El ejército, más criollo y tradicionalista, más fiel al espíritu de obediencia pasiva al jefe del Estado, más español y monárquico, en una palabra, acompañó no a Balmaceda, sino al Presidente de la República”¹⁴⁹.

El conflicto no fue sino la consecuencia de un largo proceso:

“En 1891, Chile parecía el tener todo preparado para vivir su gran drama, el que a la postre dividió y polarizó en dos bandos la sociedad. El terreno estaba sembrado, y en dicha siembra habían participado, entre otros, todos los actores de un sistema político que paulatinamente comenzó a hacerse la idea de que no podía convivir en paz, debido a la creciente intolerancia”¹⁵⁰.

Durante siete meses, la guerra desangró Chile, saqueándose Santiago y Valparaíso y pereciendo más de diez mil chilenos sobre una población estimada que rondaba los dos millones y medio de habitantes¹⁵¹. Si el balance de muertos en la guerra

¹⁴⁹ EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 186. En el mismo sentido SCULLY, *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, pág. 79: “Dígase lo que se diga sobre las causas de este conflicto sangriento, se libró entre los representantes armados de las élites parlamentarias contra un presidente, José Manuel Balmaceda, que había violado procedimientos parlamentarios de creciente aceptación”.

¹⁵⁰ GARCÍA, “José Manuel Balmaceda: Salitre, revolución y el fin del presidencialismo chileno”, pág. 11

¹⁵¹ WHELAN, *Desde las cenizas*, pág. 63. Lo sangriento del conflicto hizo que el historiador argentino Ernesto Quesada, testigo de los sucesos de aquel año, dijera que, con la revolución de 1891, en Chile se había revelado “la máscara de la medusa” citado en GÓNGORA, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*, pág. 67. En su testamento político, escrito el mismo día de su suicidio, Balmaceda justificaba los excesos que por sus tropas pudieran haberse cometido de la siguiente manera: “El gobierno que yo presidí era regular y legal, y si hubo de emplear medidas extraordinarias por la contienda armada a la que fue arrastrado, será por ello sin duda menos responsable que los iniciadores del movimiento del 7 de enero, que emprendieron el camino franco y abierto de la revolución”.

y en el proceso represor posterior contra los seguidores de Balmaceda no fue mayor se debió en parte a la muy escasa implicación del conjunto del pueblo chileno en el conflicto¹⁵². En agosto, en los campos de batalla de Cochón y La Portilla, la suerte militar de la guerra se decidió a favor de los rebeldes que respaldaban al Congreso. Balmaceda se refugió en la embajada de Argentina y el mismo día en que se firmaba la paz, el 19 de septiembre de 1891, se suicidó disparándose una bala en la sien¹⁵³.

Al término de la guerra, Jorge Montt se convirtió en el nuevo presidente de Chile. Con el triunfo de los rebeldes, el liberalismo parlamentario se hizo con el poder en la República, pero ello no supuso cambios sociales de importancia:

“La revolución de 1891 consolidó las prácticas parlamentaristas que debilitaron al Poder Ejecutivo en el régimen liberal. Pero si consolidaron las prerrogativas parlamentarias, no produjo traslación del poder social ni incorporación a éste de sectores ausentes hasta entonces del proceso político”¹⁵⁴.

La revolución del 91 fue la cristalización de la crisis del sistema portaliano, al que le puso punto y final.

¹⁵² GÓNGORA, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*, pág. 66. Fue una guerra “sin montoneras ni barricadas, que se desarrolló ordenadamente entre dos ejércitos regulares” EDWARDS, *La Fronda aristocrática en Chile*, pág. 189.

¹⁵³ En el testamento que escribió el mismo día de su suicidio, afirma: “Hoy no se me respeta y se me somete a jueces especiales, que no son los que la ley me señala. Mañana se me arrastraría al Senado para ser juzgado por los senadores que me hicieron la revolución y entregarme enseguida al criterio de los jueces a los que separé de sus puestos por revolucionarios. Mi sometimiento al Gobierno de la Revolución en estas condiciones sería un acto de insanidad política. Aún podría evadirme saliendo de Chile; pero este camino no se aviene a la dignidad de mis antecedentes, ni a mi altivez de chileno y de caballero. Estoy fatalmente entregado a la arbitrariedad o a la benevolencia de mis enemigos, ya que no imperan la Constitución y las leyes. Pero ustedes saben que soy incapaz de implorar favor, ni siquiera benevolencia, de hombres a quienes desestimo por sus ambiciones y falta de civismo”.

¹⁵⁴ URZÚA VALENZUELA, *Historia política de Chile y su evolución electoral*, pág. 289.

5.- VIOLENCIA POLÍTICA Y FORMACIÓN DEL ESTADO CHILENO.

No le falta su parte de razón a Whelan cuando afirma que el estudio de la historia del Chile decimonónico sirve “para poner fin a otra fábula repetida con frecuencia en los últimos años; que la violencia ha sido extraña a la vida de Chile. Muy por el contrario, ha sido un merodeador permanente”¹⁵⁵.

En ese sentido, cabe recordar que en el siglo XIX, cada generación chilena vivió al menos un conflicto armado: la guerra de independencia iniciada en 1813; la “guerra a muerte” contra los realistas en el Sur a partir de 1817¹⁵⁶; la guerra de 1836-1839 contra Perú y Bolivia; la guerra naval contra España de 1864 a 1866, la guerra del Pacífico de 1879 a 1883 y la guerra civil de 1891, además de la “pequeña guerra” contra los araucanos, y eso excluidos los diferentes pronunciamientos militares que no llegaron a degenerar en conflicto bélico generalizado. Estos conflictos han modelado en gran medida la sociedad chilena de su tiempo, lo cual ha tenido su reflejo incluso en la expresión artística:

“El imaginario más difundido en la República fue el rescate de los héroes de los referentes bélicos, que buscaban reafirmar el concepto de nación como ente territorial y discurso simbólico; no solo a través de escultura conmemorativa, sino también a través del culto a los muertos en batalla”¹⁵⁷.

¹⁵⁵ WHELAN, *Desde las cenizas*, pág. 78, nota 33.

¹⁵⁶ Algunos ejemplos de resistencia del realismo son verdaderamente notables. Por ejemplo, los indios chilotos se mantuvieron fieles al rey de España durante varios años después de la proclamación de independencia de Chile, derrotando hasta tres expediciones sucesivas enviadas a someterlos, una de ellas capitaneada por lord Cochrane, marino escocés al servicio de Chile, y dos por el general Freire. Solo en 1826, perdida ya toda esperanza, capitularon EYZAGUIRRE, *Fisonomía histórica de Chile*, pág. 101.

¹⁵⁷ CORTÉS ALIAGA, G., “Monumento al roto...piojento: la construcción oligárquica de la identidad nacional en Chile”, en *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*. CLXXXV, n.º 740, 2009, pág. 1232.

Por todo ello, Góngora afirma que “las guerras, defensivas u ofensivas (...) han constituido el motor principal de la creación del Estado chileno y del sentimiento nacional”¹⁵⁸.

Hay autores que consideran que el motor de los conflictos políticos chilenos en el siglo XIX no fue una lucha por el poder entre facciones, sino un verdadero choque ideológico, en el que una de las cuestiones fundamentales era la posición a adoptar en las relaciones entre la Iglesia y el Estado¹⁵⁹. Sin embargo, parece más correcto, sin menospreciar la influencia de dicho choque, insertarlo en el marco más amplio de conflicto entre las dos grandes facciones de la vida política chilena en el siglo XIX: el liberalismo, encarnado por los “pipiolos” en la década de 1820 y por la facción del congreso en el conflicto de 1891, y los conservadores, los llamados “pelucones” en los turbulentos años que siguieron al gobierno de O’Higgins, incluida su facción más conservadora, los “estanqueros”, desde cuyas filas dio Diego Portales al Estado chileno la forma que, a grandes rasgos, había de adoptar entre 1830 y 1891.

Alberto Edwards no ve el siglo XIX chileno como una lucha entre liberales y conservadores, sino entre gobierno y aristocracia, entre poder ejecutivo y poder de facto:

*“La Historia política de Chile independiente es la de una fronda aristocrática casi siempre hostil a la autoridad de los gobiernos y a veces en abierta rebelión contra ellos. Esa fronda derribó la monarquía en 1810, a O’Higgins en 1823, puso años más tarde el decenio de Montt al borde de su ruina y, desde entonces hasta 1891, en los tiempos de paz como en los de borrasca, fue poco a poco demoliendo lo que había sobrevivido de la Constitución de 1833. Entonces, dueña ya absoluta del campo, se transformó en oligarquía”*¹⁶⁰.

¹⁵⁸ Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile, pág. 38.

¹⁵⁹ SCULLY, Los partidos de centro y la evolución política chilena, pág. 48

¹⁶⁰ EDWARDS, La Fronda aristocrática en Chile, pág. 31.

Sin embargo, el propio Edwards reconoce que Chile fue una de las pocas naciones iberoamericanas, si no la única, que logró establecer, pese a los puntuales e incluso recurrentes, episodios de violencia, un régimen constitucional sólido:

“Las Repúblicas españolas en América han tenido muchas constituciones, pero ninguna, salvo Chile, logró formar una tradición constitucional, un régimen permanente y ordenado sobre bases jurídicas o morales (...) El cesarismo, esto es, la dictadura de hecho, nacida de la violencia y derribada por la revuelta fue por cerca de un siglo el sistema de gobierno real de estos Estados que solo merecen el nombre de república en cuanto no son dinásticos. Durante los primeros años de la independencia este cesarismo fue por lo general intermitente, inestable y anárquico (...) El espectáculo político del continente se asemejaba bastante al de aquel siglo turbulento del Imperio Romano que se inicia con el asesinato de Cómodo”¹⁶¹.

Tras la revuelta que derrocó a Balmaceda, el eje de conflictividad política en Chile se desplazó. El lugar de las ideologías, primero, y de los partidos, después, lo ocupó la conflictividad social y obrera¹⁶². Desde 1880, la importancia de los movimientos obreros fue en aumento, en especial tras la anexión en 1883, consecuencia de la victoria en la guerra del Pacífico sobre Chile y Bolivia, de las importantes regiones salineras de Antofagasta y Tarapacá¹⁶³. Sería en esas salinas donde comenzarían a gestarse, a partir de 1883, los primeros movimientos obreros de importancia, que habrían de adquirir empuje hasta el final de la centuria para, ya en el siglo XX, convertirse en la principal fuente de inestabilidad en el país¹⁶⁴.

¹⁶¹ *Ibidem*, pág. 57.

¹⁶² “Hacia fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX, la fisura clerical-anticlerical fue reemplazada, en el sector urbano, por el conflicto entre propietarios y trabajadores como eje definitorio de oposición política en Chile” SCULLY, *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, pág. 89.

¹⁶³ En su conjunto, los territorios anexionados por Chile tras este conflicto sumaban una superficie más de ciento ochenta mil kilómetros cuadrados.

¹⁶⁴ SCULLY, *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, pág. 96.

Esta corriente social fue percibida por Valentín Lettelier, uno de los líderes del Partido Radical, hasta el punto que, tras varias vicisitudes, acabó escindiéndose de la corriente mayoritaria del partido para crear su propia formación, el Partido Democrático, preocupado fundamentalmente por las cuestiones sociales relacionadas con el movimiento obrero y la lucha por sus derechos¹⁶⁵. Este partido habría de ser el brazo político principal del movimiento obrero durante las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del siglo XX¹⁶⁶. El punto culminante en los conflictos entre los obreros y las autoridades se alcanzó ya entrado el siglo XX, en 1907, con la llamada matanza de Iquique, cuando las tropas gubernamentales dispararon contra obreros y familiares que habían ocupado una escuela en dicha localidad, provocando una de las mayores masacres obreras de la Historia, al causar más de dos mil muertos¹⁶⁷.

A lo largo del siglo XIX, en Chile se registraron al menos diecinueve alteraciones violentas del orden político: las de 1810 contra los realistas; el golpe de los Ochocientos en 1811, el golpe de Carrera del 25 de noviembre del mismo año; el levantamiento de Concepción contra Carrera; la marcha de O'Higgins contra Carrera en 1814; la rebelión de Freire en Concepción en 1823; los movimientos que derrocaron, durante la "era de los pipiolos" de forma sucesiva a Freire, a Pinto, y de nuevo a Freire; la guerra civil de 1829; el intento de invasión de Freire de 1836; el motín de Quillota en 1837; las algaradas de 1846; las de San Felipe en 1850; el pronunciamiento de Urquiola en 1851; la guerra civil del mismo año; la Revolución Constituyente de 1859; el

¹⁶⁵ Hasta entonces, las élites políticas, que coincidían fundamentalmente, en cuanto a su extracción, con las élites económicas, habían obviado por completo la situación de los obreros y los mineros, preocupados tan solo de mantener el nivel de exportación del país, del que dependían sus economías personales PINTO RODRÍGUEZ, "Proyectos de la élite chilena del siglo XIX", pág. 130. De hecho, las élites habían creado un sistema social que convertía a la sociedad chilena en "la más jerarquizada del Río de La Plata" COLACRAI, M., y LORENZINI, M.E., "La política exterior de Chile: ¿Excepcionalidad o continuidad? Una lectura combinada de fuerzas profundas y tendencias", en *Confines*, 2005, pág. 47.

¹⁶⁶ SCULLY, *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, pág. 103.

¹⁶⁷ WHELAN, *Desde las cenizas*, pág. 66. Trágicamente, el balance de muertos en Iquique había de ser ampliamente superado por la represión del movimiento obrero en 1925, en especial en la matanza de la salina La Coruña; en su conjunto, la represión de 1925 costó la vida a más de tres mil personas vinculadas al movimiento obrero.

recrudescimiento de la guerra araucana en el mismo año; una segunda rebelión araucana en 1880 y la guerra civil de 1891.

Muchos de estos movimientos se ajustan al modelo prototípico del pronunciamiento militar: la rebelión de un oficial junto con las tropas bajo su mando directo contra el gobierno, apoyada, instigada o sustentada por sectores civiles, ya fueran sociales, políticos o económicos. Ejemplos claros de esto son los pronunciamientos de 1811, organizados por la familia Carrera instrumentalizando el cuerpo de granaderos que dirigía Luis Carrera, o la sublevación del coronel Urquiola el 20 de abril de 1851.

El siglo XIX chileno ha sido percibido de muy diferente manera por la propia historiografía del país, según la perspectiva política desde la que se analice:

“Para la liberal es una historia política que relata el progresivo ensanche de la libertad y de la tolerancia, de la autonomía de la razón de la sujeción religiosa y del Estado de la Iglesia; para la historiografía conservadora es la historia de la pérdida de poder del Estado central autoritario, que se disuelve en el partidismo liberal, primero, y democrático, después”¹⁶⁸.

Sin embargo, sea cual sea la lectura que se haga de los hechos, lo que es indudable es que las perturbaciones de carácter armado que sufrió la República en el siglo XIX fueron elementos decisivos de la formación y evolución de Chile no solo como Estado, sino como nación.

BIBLIOGRAFÍA.

¹⁶⁸ SERRANO, “Espacio público y espacio religioso en el Chile republicano”, pág. 347.

- ÁLVAREZ, I., “El Rey de la Araucanía y la Endemoniada de Santiago: Aportes para una historia de la locura en el Chile del siglo XIX”, en *Personas y Sociedad/Universidad Alberto Hurtado*, vol. XX, n.º 1, 2006.
- AMUNÁTEGUI, M.L., *Los precursores de la Independencia de Chile*. Santiago de Chile, 1909-1910, 3 vols.
- ANDRADE, P. de, y BONAVIDES, P., *História Constitucional do Brasil*. Río de Janeiro, 1991.
- BETHELL, L., (ed.), *Historia de América. La independencia*. Barcelona, 1995.
- BOCCARA, G., y SEGUEL-BOCCARA, I., “Políticas indígenas en Chile (siglos XIX y XX). De la asimilación al pluralismo. El caso mapuche”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2005.
- BONAVIDES, P., y ANDRADE, P.de, *História Constitucional do Brasil*. Río de Janeiro, 1991.
- BREWER-CARIAS, A.R., *Evolución histórica del Estado. Tomo I de Instituciones Políticas y Constitucionales*. Caracas, 1985.
- BUSHNELL, D., “La independencia de la América del Sur española”, en BETHELL, L., (ed.), *Historia de América. La independencia*. Barcelona, 1995.
- COLACRAI, M., y LORENZINI, M.E., “La política exterior de Chile: ¿Excepcionalidad o continuidad? Una lectura combinada de fuerzas profundas y tendencias”, en *Confines*, 2005.
- CORTÉS ALIAGA, G., “Monumento al roto...piojento: la construcción oligárquica de la identidad nacional en Chile”, en *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*. CLXXXV, n.º 740, 2009.
- DE LA CIERVA, R., *La Masonería en España. La logia del Príncipe 12*. Madrid, 1996.

- DÍAZ TRECHUELO, L., *Bolívar, Miranda, O'Higgins., S. Martín. Cuatro vidas cruzadas*. Madrid, 1999.
- EDWARDS, A., *La Fronda aristocrática en Chile*. Santiago de Chile, 1991.
- ENRÍQUEZ, L., “El patronato en Chile. De Carrera a O'Higgins”, en *Hispania Sacra*, LX, nº. 122.
- ESTEFANE JARAMILLO, A., “Un alto en el camino para saber cuántos somos... Los censos de población y la construcción de lealtades nacionales. Chile, siglo XIX”, en *Historia*, n.º 37, vol. I, 2004.
- EYZAGUIRRE, J., *O'Higgins*. Santiago de Chile, 1974.
- EYZAGUIRRE, J., *Fisonomía histórica de Chile*. Santiago de Chile, 1988.
- FERRER BENIMELI, J.A., *Historia de la masonería española*. Valencia, 1989.
- GARCÍA, R., “José Manuel Balmaceda: Salitre, revolución y el fin del presidencialismo chileno”, consultado a través de recurso electrónico en <http://www.rebellion.org/hemeroteca/chile/040201garcia.pdf>.
- GODOY URZUA, H., *El carácter chileno*. Santiago de Chile, 1991.
- GÓNGORA, M., *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago de Chile, 1992.
- GUERRA, J.G., “Origen y caída de la Constitución de 1833”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo LXXV.
- HARVEY, R., *Los libertadores. La lucha por la independencia de América latina (1810-1830)*. Barcelona, 2002.
- LORENZINI, M.E., y COLACRAI, M., “La política exterior de Chile: ¿Excepcionalidad o continuidad? Una lectura combinada de fuerzas profundas y tendencias”, en *Confines*, 2005.

- LLANOS REYES, C., “Apuntes en torno a las representaciones de la modernidad capitalista durante el siglo XIX. (Los casos de Chile y Bolivia”, en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, n.º 45, 2009.
- NEIRA NAVARRO, M., “Castigo femenino en Chile durante la primera mitad del siglo XIX”, en *Historia*, n.º 37, vol. 2, 2004.
- MAZZEI DE GRAZIA, L., “El empresariado mercantil de Concepción a finales del siglo XIX”, en *Atenea* 498, 2008.
- MONTECINOS, E., “Antecedentes sobre la relación histórica centralismo y descentralización en Chile”, en *Revista Venezolana de Gerencia*, n.º 31, 2005.
- OVIEDO CAVADA, C., “La iglesia en la revolución de 1891”, en *Historia*, n.º 14, 1979.
- PINTO RODRÍGUEZ, J., “Proyectos de la élite chilena del siglo XIX (II)”, en *Alpha*, n.º 27, 2008.
- POLANCO, T., “Interpretación jurídica de la Independencia”, en *El movimiento Emancipador de Hispanoamérica, Actas y Ponencias*, Caracas, 1961, vol. IV.
- SEGUEL-BOCCARA, I., y BOCCARA, G., “Políticas indígenas en Chile (siglos XIX y XX). De la asimilación al pluralismo. El caso mapuche”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2005.
- SCULLY, T.R., *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago de Chile, 1992.
- SERRANO, S., “Espacio público y espacio religioso en el Chile republicano”, en *Teología y Vida*, vol. XLIV, 2003.
- URZÚA VALENZUELA, G., *Historia política de Chile y su evolución electoral (Desde 1810 a 1992)*. Santiago de Chile, 1992.

- VICUÑA MACKENNA, B., *Los girondinos chilenos*. Santiago de Chile, 1989.
- WHELAN, J.R., *Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile (1833-1988)*. Santiago de Chile, 1993.
- WU MING, *Manituana*. Barcelona, 2009.